

Instrucciones para comer uñas

Neil Torres Torres
Universidad de Puerto Rico, Arecibo

Dicen que el costo alto de la vida actual es motivo suficiente para que nos devoremos las uñas, sin detenernos en las que se alzan en nuestras manos y deslizarnos, desesperadamente, hasta babearnos las salientes de los pies. Nunca pensé que hablar de uñas fuese un asunto serio, pertinente a nuestro ser y tan vinculadas a nuestras vidas.

Como si pagar tres dólares diarios de peaje no fuese cosa aterradora, fue en uno de estos terminales donde tuve un encuentro cercano con una empleada que, ante el dolor experimentado por mí, se transformó en un ave depredadora ante mis ojos. No exagero, pero esto de las uñas es cosa seria. Resulta que al extender mi mano izquierda para tomar el cambio de dinero, sentí cómo se clavaban (bueno, para ser preciso, se incrustaban) su garras al devolverme la monedas. Sentí todos los puñales del mundo penetrar la superficie delicada de mi mano (mami decía que yo tenía manos de sacerdote y, en el mejor de los casos, de ginecólogo) y entonces comprendí que seguía vivo y aún formaba parte de la existencia humana. La chica, acostumbrada a tales ataques involuntarios a que les comprometen la voracidad de sus decorativas, acrilizadas, estilizadas, artísticas, fálicas uñas postizas (¿para qué insistir en lo falso?), no hizo asomo de sorpresa cuando me vio retirar de forma vertiginosamente horizontal, con más terror que asco, mi mano izquierda, con la misma alarma que yo la retiraba cuando mi abuelo (sí, el mismo que quería nombrarme Neil Armstrong en honor al astronauta) intentaba colocarme una araña pelúa (no me corrija, les juro que no era peluda, sino pelúa) para probar mi hombría.

Relacioné el incidente con una de mis manías y me resigné al pensar que era un castigo justificado por desobedecer a tantos que, durante largos y largos años, me han insistido en lo mismo: “No te comas las uñas”. Me declaro enemigo natural de cierto tipo hindú que se jacta de sus uñas curvilíneas que miden, cada una, ya metro y medio de largo. ¡Carajo! ¡Cuánto trabajo para limpiarse el culo! Tampoco deben pensar en mí los genios de la informática, quienes pretenden grabar información en la superficie de una uña mediante el uso del láser.

No sé por qué me como las uñas, tal y como reza la tradicional y acostumbrada expresión popular cuando nos llevamos los dedos a la boca. Pienso en otros asuntos, como las deudas, mi incipiente calvicie, la proximidad de los cuarenta, las enfermedades que no tengo, la grama seca de mi casa, pero no en mis veinte uñas. Muchos sicólogos, para sacarme de su oficina, me dirían que es trivial, es ansiedad, chico, trabaja menos, no te preocupes tanto y otras vainas más que justifiquen la visita a su consultorio.

Sin embargo, debo insistir que esto de comer uñas es algo serio. Tras una reflexión breve, confieso que he estado muy vinculado a las uñas y me sorprende. No busquen en mí trastornos mentales ni obsesiones con este tema. Existe un antecedente muy curioso que valida mi aseveración. Cuando era niño, mis compañeros de clases y ciertos maestros de la escuela elemental erraron tanto la pronunciación de mi nombre Neil, que de un simple monosílabo inglés

/Nil/ se transformó en un bisílabo español Ne-il. La confusión llegó al punto que muchos, sin saberlo, pronunciaban y escribían mi nombre de la forma más inapropiada: *Nail* Torres. Sí, leyó bien. *Uña* Torres.

Claro, comer uñas no debe entenderse en sentido literal, pero considero un disparate interpretativo la construcción figurada de tal acción, aunque la haya empleado hasta ahora en este escrito. Diría que esta expresión fue acuñada por individuos que exageran la trascendencia de “comer uñas”. La conjunción natural uña y dedo queda reducida a sólo rastros arqueados de células muertas que nuestra lengua y nuestros dientes burlan de lado a lado, arriba y abajo, entre los dientes y sobre los dientes en una distracción cíclica. Sé que me entenderán los que dicen padecer de onicofagia, o sea, el hábito compulsivo de comerse o morderse las uñas. Creo que siempre se ha definido erróneamente este concepto. Los que no nos preocupamos a la hora de saborearnos el calcio y el azufre de las uñas estamos de acuerdo en que lo menos que hacemos es tragarnos las uñas, si es que entendemos por comer el que introduzcamos por la boca lo que eventualmente terminará en el estómago. Morder, ensalivar y masticar son las acciones precisas. Así que permítanme, aunque sea en esta parte postrera del escrito, encerrar entre comillas el “comer”, más por la certeza de mi desacuerdo que por el sentido figurado que se le atribuye al concepto.

Tal vez debo admitir que gusto de “comerme” las uñas, a pesar de las advertencias sobre posibles complicaciones a mi salud que conllevaría tal acto impulsivo. Incluso, morder uñas no es tarea para cualquiera. Requiere arte, precisión, paciencia y persistencia.

Ante innumerables escritos que aconsejan cómo dejar de “comer” uñas, resulta justo, por relación inversa, presentar un método eficaz para las personas que no enfrentan dilema alguno en cuanto a proseguir con la “comilona”. He aquí algunas instrucciones para asumir, de una vez y por todas, la costumbre de “comer” uñas:

- a. Levante el brazo derecho o el izquierdo, pero procure que sea el menos diestro por si ocurre una lesión en el procedimiento.
- b. Observe la mano que se aproxima a su cara, sea derecha o izquierda (muchos, por su experiencia, no necesitan mirarla) y ahueque la mano en cuestión como si estuviese sosteniendo una armónica.
- c. Escoja uno o varios dedos de cualquier mano. Si escoge los tres dedos centrales, no se preocupe si el pulgar o el meñique quedan erguidos: es una postura lógica cuando se encoge la mano.
- d. No lleve ambas manos a la boca, sólo una, pues parecerá que está sufriendo una crisis de ansiedad u observa posiblemente un suceso trágico. Recuerde, alterne la mano derecha con la izquierda, pero evite la simultaneidad.
- e. Deje que los dientes muerdan. Dé un corte preciso para que la lengua columpie durante minutos u horas el pedazo de uña, casi siempre afilada y arqueada como una hoz.

- f. Cuando no le encuentre razón de existir en su boca, escúpala con la mayor discreción posible o tómelala entre sus dedos, juegue un rato con ella y tírela. No se preocupe: las uñas son invisibles en el piso.

Sirvan estas instrucciones para encontrar momentos de paz y libertad en un mundo de tantas advertencias y prohibiciones. Además, cuide sus manos en las estaciones de peaje. Sin manos, no hay uñas para masticar.